

SOBRE LOS ORÍGENES Y EL DESARROLLO DE LA UNIÓN EUROPEA

Mario del Rosal

(01/06/2017)

La actual Unión Europea parece haber dado un giro radical hacia el neoliberalismo a través de las políticas de austeridad y ajuste salarial. Sin embargo, a nuestro juicio, esta institución siempre ha estado al servicio del capital, de manera que la crisis no ha provocado una desviación de su espíritu original, sino que supone una nueva etapa en su evolución natural.

En este texto, recordamos los orígenes de esta institución con el fin de ayudar a luchar contra la mistificación que rodea su génesis y sus objetivos.

La historia oficial

Los orígenes de la UE siempre han estado apoyados en una suerte de relato mítico según el cual la creación de las Comunidades Europeas fue obra de unos visionarios pacifistas, los «padres de Europa», quienes supieron hacer realidad el deseo de los pueblos europeos de evitar nuevas guerras en el continente. Estos fundadores habrían apostado fuertemente por la libertad y la democracia que representaban y lideraban los Estados Unidos, el aliado salvador en la Segunda Guerra Mundial. Para ello, trataron de construir un sólido y próspero espacio de entendimiento común con el que acabar de una vez por todas con la secular enemistad entre franceses y alemanes. En fin, una forma largamente anhelada de cambiar la Europa de los soldados por la de los mercaderes.

En sus primeros pasos, esta meritoria iniciativa únicamente avanzaría por su vertiente económica, dejando de lado, en una muestra de sano pragmatismo, la vía política. Así, se trabajó con ahínco por la construcción de un proceso de integración que, paso a paso, desde la unión aduanera hasta el mercado único, lograría fomentar como nunca antes en la historia el crecimiento equilibrado y la convergencia entre las distintas economías europeas, su entendimiento pacífico y su progreso social. Esta estrategia sería un paso más en la progresiva historia de Europa, supuestamente caracterizada por la razón y la Ilustración, de modo que se podría decir, como afirma Yanis Varoufakis, que «en su primera encarnación, la Unión Europea fue un proyecto magnífico».

A esta visión apologética se une el conocido relato según el cual la UE coadyuvaría al desarrollo de un capitalismo genuinamente europeo de corte social y democrático en el que la clase trabajadora lograría derechos y avances que no se habían conseguido en ninguna otra parte del planeta. Así, gracias al apoyo supranacional de la superestructura comunitaria, los llamados Estados del bienestar del viejo continente se verían reforzados, de modo que se conseguirían apuntalar los derechos laborales, sociales y humanos en Europa, un continente al que Göran Therborn llamaría la «Escandinavia del mundo».

Lamentablemente, esta bonita historia, presente en casi todos los medios de comunicación y en la inmensa mayoría de los textos escolares, no es sino una idílica tergiversación de la realidad.

Los padres fundadores

En primer lugar, la propia biografía de estos «padres de Europa» resulta franca-

mente esclarecedora. Por citar solamente algunos de ellos, podemos recordar al francés Jean Monnet, comerciante de coñac y banquero de inversiones, entre otras cosas. Aunque jamás fue elegido para cargo alguno mediante procesos electorales y eran notorias tanto su desconfianza hacia la democracia como su preferencia por el despotismo tecnocrático, tuvo una gran influencia en la política europea de la época. Quizá no resultara óbice para ello su colaboración con personajes como John Foster Dulles o Chiang Kai-shek; o incluso su amistad con las más grandes familias de la aristocracia capitalista norteamericana y europea, como los Rockefeller o los Wallenberg.

Otro de los grandes constructores de la Unión fue el devoto democristiano luxemburgués Robert Schuman, actualmente en proceso de beatificación. Schuman fue un activo participante, por ejemplo, en los primeros gobiernos de Vichy a las órdenes de Pétain y en la fundación de la OTAN. También en pos de la canonización, encontramos al italiano Alcide de Gasperi, fundador de la democracia cristiana en su país, primer ministro en ocho gobiernos consecutivos y elemento clave en la dilución del otrora inquietante PCI en la estructura del aparato burgués. Para no alargarnos, podemos concluir con otro democristiano, el alemán Konrad Adenauer, conocido por su autoritarismo, quien además de participar en la fundación de la CDU, tuvo un papel principal como alcalde de Colonia en la represión de la Revolución Alemana de 1918-19.

Mito y realidad

Aparte de la curiosidad (significativa) que puedan representar estas biografías, es obvio que, para comprender las razones que sustentan la fundación de la Unión Europea, debemos remontarnos al escenario de su nacimiento. El fin de la Segunda Guerra Mundial supuso el alzamiento definitivo de los Estados Unidos como potencia hegemónica incontestable en el «mundo libre». Precisamente por esa razón, su maquinaria capitalista necesitaba urgentemente mercados exteriores donde vender sus productos, comprar materias primas y rentabilizar su capital. Al mismo tiempo, resultaba absolutamente vital para sus intereses evitar que los movimientos de resistencia que en Europa se habían levantado contra el fascismo se convirtieran en fuerzas revolucionarias que pudieran poner en cuestión el orden capitalista en el continente. Para solucionar estos dos problemas, y para imponer un muro de contención al avance de la URSS desde el este, se aplicaron dos estrategias básicas: una de carácter económico basada en el llamado Plan Marshall y otra de índole militarista cimentada en la OTAN.

A través del Plan Marshall, conocido oficialmente como *European Recovery Program*, EEUU inyectó unos 13.000 millones de dólares en la Europa occidental de 1948 a 1952. La intención principal era apoyar la revitalización del destruido tejido productivo y de la demanda, sin desmedro del interés que tenía como mecanismo de reforzamiento del dólar como moneda mundial. Gracias a esta estrategia, las empresas norteamericanas no sólo consiguieron recuperar su mayor destino comercial, sino que ocuparon una posición de dominio con el fin de exigir un tipo concreto de políticas económicas acordes con sus necesidades y centradas en la convertibilidad y la liberalización del comercio intraeuropeo.

Por otro lado, los Tratados de Dunkerque y de Bruselas sirvieron para conformar la Unión Europea Occidental, un acuerdo militar entre los países europeos que constituiría el germen de la OTAN, nacida definitivamente en 1949. A través de estas alianzas de corte marcadamente imperialista, EEUU se aseguraba la defensa de Europa contra la amenaza soviética mediante la implantación directa

de bases militares y el compromiso de colaboración de sus países.

El desarrollo conjunto de estas dos vías marcaron el camino a seguir, de manera que dieron pie a un tipo muy concreto de proyectos de cooperación entre potencias europeas. Así se fueron sucediendo una serie de iniciativas que siempre vinieron desde arriba, en un proceso de «despotismo benigno» –en palabras de Jacques Delors– que continúa inalterado hoy en día. Sus inicios se sitúan en el Tratado de París de 1951, con el que vería la luz la CECA (Comunidad Europea del Carbón y el Acero), y los de Roma, que darían nacimiento a la CEE (Comunidad Económica Europea) y a la EURATOM (Comunidad Europea de la Energía Atómica). En ellos participaron Alemania, Francia, Italia, Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo.

Para comprender adecuadamente las intenciones de EEUU y la sumisión europea a sus prerrogativas, conviene recordar que la Europa de posguerra, a pesar del enorme grado de devastación humana que había sufrido, tenía una serie de características que suponían grandes oportunidades para el capital norteamericano, que, a la postre, era el único con verdadera capacidad hegemónica de acumulación e inversión de la época. Sin duda, esta cuestión no fue ajena a la decisión final que llevó al gobierno estadounidense a rechazar el llamado Plan Morgenthau, cuya pretensión principal era dismantelar totalmente la industria alemana para convertir el país en una economía puramente agrícola y ganadera.

Así, por un lado, la brutal devastación del capital físico daba pie a unas necesidades de reconstrucción que abrían enormes oportunidades para el capital. Y, por otra parte, Europa contaba con una fuerza de trabajo productiva y disciplinada que, en el escenario posbélico, permitía obtener unas elevadísimas tasas de explotación. Para complementar esta capacidad, EEUU se había asegurado un marco monetario privilegiado (aunque intrínsecamente contradictorio), plasmado en los acuerdos de Bretton Woods, que favorecía la valorización de sus capitales en el exterior.

Obviamente, para aprovechar estas oportunidades, el capital debía asegurarse la definitiva neutralización o, incluso, la eliminación física de las resistencias antifascistas y partisanas europeas que podían poner en peligro el orden capitalista y, claro está, el sometimiento o la cooptación del poderoso movimiento obrero europeo. De ahí que los inicios de la UE se dieran en paralelo a dos procesos complementarios. Por una parte, la guerra abierta contra la clase trabajadora en aquellos lugares en los que se podía llegar a poner en cuestión el orden capitalista, con el caso de Grecia como ejemplo más palmario. Y, por otra, la construcción o el relanzamiento, en algunos casos, de los llamados Estados del bienestar europeos, es decir, sistemas capitalistas intervenidos por los poderes públicos en los que se hicieron notables concesiones en términos de salario indirecto y diferido con el fin de contener una explosividad social que, además, podía contar, supuestamente, con el acicate derivado de la existencia de la URSS.

La Unión Europea no es Europa

Es importante insistir en que la relativa coincidencia en el tiempo del nacimiento de la Unión Europea y de los llamados Estados del bienestar, sin ser casual, ha contribuido a crear una falacia histórica según la cual la primera sería un apoyo fundamental para la consecución de los segundos, gracias a lo cual, los logros sociales y laborales del capitalismo europeo «de rostro humano» se habrían consolidado.

Esta idea es del todo falsa. En primer lugar, porque nada tiene que ver la UE con la creación de estos escenarios tolerantes con las reivindicaciones de los trabajadores. La seguridad social, la educación y la sanidad públicas, las pensiones de jubilación o el derecho laboral se han logrado gracias a la lucha que el movimiento obrero ha mantenido durante décadas frente a la violencia del Estado burgués y a la necesidad de despresurizar el conflicto social en una etapa histórica especialmente sensible para la continuidad del capitalismo. Y eso se hizo, necesariamente, en el marco del Estado-nación, donde la clase trabajadora, mal que bien, tenía más opciones de lucha frente al capital que en un ámbito internacional o continental. La Unión Europea en nada contribuyó a esta lucha, sino todo lo contrario. Su único afán en esa época era crear un mercado único con la misión de favorecer la acumulación y la desregulación el movimiento de mercancías y factores productivos. Aun sin entrar en detalles alejados de la intención de este breve texto, es obvio que este proceso resulta siempre lesivo para los trabajadores, tanto por la vía de la competencia acelerada entre capitales, que tensiona el enfrentamiento por el plusvalor con los asalariados, como por la nueva división del trabajo entre los distintos países, con las conocidas consecuencias en términos de desempleo crónico y desindustrialización que tan bien conocemos en el caso español.

Además, esa idea que comentábamos es falsa porque, a partir del logro del mercado único, y, sobre todo, mediante la consecución de la unión monetaria, la UE ha evidenciado cada vez en mayor medida una tendencia perfectamente antagónica tanto hacia los Estados europeos como, sobre todo, frente a la clase trabajadora. Su cada vez más innegable lealtad a los principios del neoliberalismo y la austeridad no supone ninguna novedad, si bien su creciente grado de avance y el agravamiento de las contradicciones de la acumulación desde finales de los sesenta muestran con mayor crudeza su misión y las consecuencias sociales y personales para la clase trabajadora.

Conclusión: la Unión Europea no es reformable

Los elementos analizados, junto a otras muchas variables que no podemos incluir en este espacio, deben recordarnos que la Unión Europea no ha cambiado de actitud desde su fundación. Quizá la crisis haya mostrado más abiertamente su verdadero rostro, pero, en todo caso, sus objetivos últimos permanecen y sus servidumbres respecto del capital siguen siendo su base genética, su razón de ser.

Sin embargo, jamás se han planteado alternativas viables al proyecto. Este determinismo político ha devenido histórico con el tiempo, de modo que hoy en día las elites políticas mantienen aún con más fuerza el absurdo argumento según el cual no hay opción posible fuera de la UE y que, de hecho, su existencia es imprescindible para proteger el modelo social europeo ante los embates de la globalización. Además, se considera que la integración europea, para seguir viva, debe continuar avanzando, ya sea mediante la profundización de su poder en el ámbito de los Estados miembros o a través de la ampliación a nuevos países, como bien reflejaba la famosa metáfora de la bicicleta de Delors. Curiosamente, el Brexit no ha variado un ápice esta versión de los hechos y, por supuesto, no ha servido para que ningún mandatario de la Comisión haya tenido la idea de preguntarse qué responsabilidad tiene la propia UE sobre este inesperado y grave cuestionamiento de las supuestas bondades de la Unión.

Por todo ello, es esencial remarcar una y otra vez una evidencia que, sin embar-

go, resulta sistemáticamente olvidada por innumerables fuerzas políticas y sociales que se reclaman de la izquierda. Una idea sencilla y, a la vez, clave para entender los límites y las contradicciones de la política actual: la Unión Europea forma parte de la superestructura capitalista, está al servicio del capital y, por lo tanto, no es reformable.